

Esta novela no es pura fantasía. Nikolai Bajtín, hermano mayor del célebre crítico ruso Mijaíl Bajtín, era amigo cercano de Ludwig Wittgenstein, el más destacado filósofo en lengua inglesa del siglo xx. Wittgenstein efectivamente vivió un tiempo en una cabaña en la costa oeste de Irlanda, aunque en una fecha posterior a la sugerida aquí. La mayor parte del resto es invención.



## UNO

A las seis menos diez de la mañana del 12 de mayo de 1916, James Connolly yacía en una celda en la cárcel de Kilmainham en Dublín. La puerta se abrió de golpe e irrumpió una pequeña multitud. Es sorprendente la cantidad de funcionarios que se necesitan para una ejecución. Por la puerta de la celda ingresaron, en este orden: Sean McGrath y Damian Walsh, guardiacárceles; Francis Xavier Mather, jefe de guardiacárceles; William Martin, director de la cárcel de Kilmainham; el reverendo Thomas Kelly, vicario de la parroquia de St. Benedict en Dublín y capellán de la cárcel; el doctor Kiernan O'Brien, director médico de Kilmainham; y Henry Crichton, un funcionario civil inglés cuya misión era presenciar el acontecimiento en representación del Home Office. Robert Kearns y Patrick Doyle, los guardias asignados para vigilar al reo, ya estaban en la celda. McGrath, Walsh y Mather fueron los primeros en entrar para proteger a los funcionarios más importantes, que ingresaron después, en caso de que el prisionero se pusiera violento. Los nueve hombres, apiñados hombro con hombro en el recinto minúsculo, se vieron forzados a empujar a sus vecinos para encontrar espacio donde pararse, como fanáticos en la tribuna de una cancha de fútbol.

Connolly llevaba puesto un overol verde chillón, que haría resaltar su silueta contra la pared de ladrillo rojo donde sería fusilado pocos minutos más tarde bajo la

primera llovizna de la mañana. El overol era de cañamazo grueso y muy ajustado en el culo, para disimular las manchas si el reo cagaba del susto y evitar que la mierda se desparramara por todas partes si cometía el desatino de luchar contra lo inevitable. Connolly sostenía entre las manos dos rosarios azules, pero no parecía estar rezando. Los rosarios le serían retirados dentro de unos segundos por si, incurriendo en blasfemia, intentaba tragárselos o estrangularse con ellos. Una fotografía de su esposa, Lillie Reynolds, reposaba decentemente boca abajo sobre la mesa de la celda, como si la hubieran mirado y descartado. Todos los guardias llevaban pesadas cachiporras de madera bajo sus uniformes, por si el prisionero se resistía y era necesario apaciguarlo. McGrath y Walsh también portaban revólveres en pistoleras de hombro bajo la chaqueta en caso de que Connolly, a pesar de haber sido inspeccionado estando totalmente desnudo esa misma mañana, de algún modo se las hubiera ingeniado para inventar o conseguir un arma cuyo uso reservaría para el momento crucial. Kearns y Doyle llevaban un juego de esposas cada uno; normalmente las enganchaban en sus cinturones, pero ahora estaban abiertas y preparadas en sus bolsillos. El doctor O'Brien cargaba un voluminoso maletín negro que contenía una jeringa hipodérmica, que el galeno previamente había llenado con un poderoso sedante. El maletín también transportaba algunos elementos extra, para evitar la indelicadeza y posible incitación al pánico que conllevaría portarlos a la vista de todos: una pesada mordaza, que consistía en un cuadrado de cuero bastante grueso con correas y hebillas adosadas, y un chaleco de fuerza. Si Connolly intentaba resistirse con violencia, el jefe de los guardiacárceles podría darse el lujo de elegir entre los distintos medios represivos a su disposición: balear, abatir a golpes de cachiporra, drogar, amordazar o enchalecar al reo.

Henry Crichton tenía treinta y ocho años, diez menos que el condenado. La mañana anterior se había despedido de su esposa con un beso en la puerta de su ahora remota casa en Farnborough y había tomado el tren a Liverpool para luego abordar el ferry a Dublín. Nunca antes había estado en Irlanda; trabajaba en un sector del Home Office que se ocupaba de las cárceles, no de asuntos irlandeses. El viaje había sido sumamente incómodo y Crichton había pasado la mayor parte del trayecto vomitando en uno de los baños de la embarcación. Crichton se avergonzaba de su malestar, a diferencia de sus despreocupados compañeros de vómito. Algunos incluso dividían su tiempo entre el bar y el baño con pasmosa regularidad: tragaban y regurgitaban stout al compás de los sacudones y balanceos del ferry, y a veces vomitaban y orinaban simultáneamente mientras intercambiaban imprecaciones de camaradería. Crichton recordó que ya se sentía un poco descompuesto del estómago en el tren a Liverpool, quizá anticipando lo que presenciaría en la otra orilla. No sabía por qué lo habían elegido para esa misión, ni qué esperaban que hiciera cuando llegara a destino. Sólo había conocido a tres o cuatro irlandeses en su vida, y jamás había visto un enfermo grave. Se preguntó vagamente si la causa de su elección no habría sido la malicia de algún superior. Crichton era consciente de su aspecto aniñado y cándido y sospechaba que alguien ubicado en un escalón más alto del Home Office había decidido que ser testigo de un fusilamiento templaría un poco su carácter. Entre los funcionarios más viejos había una caterva de exmilitares que se quejaba ritual y rutinariamente del afeminamiento del trabajo de oficina.

Parado en la celda, Crichton se sorprendió al ver lo pequeño que era Connolly. Lo había imaginado alto y corpulento, quizá inconscientemente influido por su

reputación de poderoso orador y activista militante por los derechos de los trabajadores. No sabía que Connolly se había criado en un barrio pobre de Edimburgo, en condiciones poco propicias para desarrollar un físico privilegiado. Notó que el prisionero estaba ojeroso y macilento y que tenía una expresión desencajada, cosa que comprensiblemente atribuyó al miedo. No se le ocurrió pensar que Connolly tenía ese aspecto, no porque estuviera asustado, aunque de hecho lo estaba, sino porque llevaba un vendaje muy apretado bajo su overol verde debido a las heridas recibidas en los enfrentamientos recientes en las calles de Dublín. Una bala de fusil le había pulverizado el tobillo izquierdo; por eso estaba acostado en la cama de la celda y no sentado a la mesa como mandaba la costumbre. El procedimiento convencional indicaba que el condenado debía recibir a las visitas sentado, no acostado. William Martin, el director de la cárcel, estaba bastante molesto con este desvío de la tradición: que Connolly recibiera acostado al comité de ejecución parecía un poco insolente, como si los invitados llegaran a una fiesta y encontraran a los anfitriones en la cama. Les había ordenado a Kearns y Doyle que intentaran incorporar al prisionero frente a la mesa, enganchándole los pies en las patas de la silla para hacer contrapeso; pero Connolly desfalleció en el intento y los guardias tuvieron que atajarlo para evitar que se estrellara contra el piso de piedra de la celda. Tres horas atrás, el prisionero aún no había visto el interior de la celda de la muerte; yacía en una cama en el hospital del Castillo de Dublín,<sup>1</sup> donde desde hacía varios días los médicos se esmeraban en reconstruirlo y dejarlo listo para la ejecución. Ya le habían administrado una dosis de fármacos considerablemente más alta de lo que el equipo médico hubiera soñado aplicar jamás a un paciente común. En un primer momento se temió que fuera necesario

amputarle el pie, un pequeño pedazo de su persona que podría jugarle sucio al pelotón de fusilamiento. Cuando se lo dijeron a Crichton, recordó aquel chiste sobre el veterano de guerra que pidió que enviaran por correo a su anciana madre las extremidades que le habían amputado para que las guardara de recuerdo, y a quien los funcionarios de la penitenciaría terminaron acusando de intento de fuga. William Martin no quería arriesgar la mitología sentimental derivada de marchar al unísono hasta el lecho de un hombre enfermo y sacarlo a la intemperie para fusilarlo. El Ejército ya había soportado la vergüenza de tener que juzgar por corte marcial a Connolly incorporado a medias en la cama; por eso quería que, en lo posible y a partir de ahora, no se faltara el respeto a las convenciones. Había que llevar al reo hasta la pared de fusilamiento y ejecutarlo mientras la sangre todavía circulara por sus venas. Francis Mather, el jefe de guardiacárceles, había tenido una pesadilla: estaba llevando a la rastra el cuerpo del condenado en una especie de carrera contra el tiempo y los pedazos de Connolly se desparramaban por el suelo y el viento los dispersaba por todas partes. Mather paraba de correr a cada rato para recolocar en su lugar los pedazos del prisionero, pero Connolly iba quedando cada vez más vacío y desmembrado y cuando por fin llegaban al patio de la cárcel flameaba como un costal de correo vacío. Sólo quedaba un pedazo del reo, un bulto que se retorció en el costal donde estaba su corazón. Mather lo sostenía con mano firme y clavaba rápidamente el costal a la pared, con la esperanza de que el bulto fuera un blanco adecuado para los rifles.

Crichton vio que el condenado tenía una pequeña hilerera de libros sobre la mesa, sujetos por dos tazas de té vacías: una biblia o quizá un libro de plegarias, un fajo de panfletos muy manoseados, y unos pocos y gruesos

volúmenes de tapa dura. Sabía que Connolly era escritor y no pudo evitar preguntarse si habría pasado sus últimos días leyendo con detenimiento sus propias obras. No parecía un literato a ojos de Crichton. En aquel momento parecía más un albañil raquítico en una salida de domingo, porque a pesar del overol su rostro y su cabeza tenían un aspecto curiosamente atildado, el cabello negro peinado a la gomina como un casquete y el mostacho tipo Groucho Marx perfectamente recortado.

Los hombres amontonados en la celda, apretujados en dos hileras irregulares, contemplaban al prisionero como esperando que se levantara a saludarlos. La costumbre mandaba que el jefe de guardiacárceles fuera el primero en dirigirse al condenado, puesto que era el único funcionario presente lo bastante insignificante como para conocerlo personalmente pero cuyo rango era lo suficientemente alto como para poder tomar la iniciativa. Mather fijó los ojos en el distendido Connolly y dijo: “De acuerdo, Jim...”, frase que por su entonación oscilaba entre una orden y una pregunta por su salud. Connolly miró a Mather y dijo: “De acuerdo.” De haber hablado un poco más, los testigos quizá habrían notado que su acento era irlandés del norte con un ligero tinte escocés.

Crichton se preguntó cómo se las ingeniarían para sacar a Connolly de la celda. No sabía que no se esperaba que los convictos se levantaran y caminaran por voluntad propia hacia su muerte, aun cuando estuvieran en perfectas condiciones de hacerlo. De acuerdo con la práctica regular, de haber estado Connolly sentado en una silla, Walsh o McGrath la habrían pateado por sorpresa obedeciendo a una señal de Mather, y cuando el reo estirara los brazos para evitar o amortiguar la caída el guardia vacante lo habría barajado en el aire y espasado. Era la rutina de la celda de la muerte, aunque se

trataba de una operación compleja y casi siempre mal ejecutada. Era probable que los guardias, por muy experimentados que fueran, se pusieran nerviosos llegado el momento; por eso ensayaban la maniobra varias veces antes de la mañana de la ejecución, utilizándose mutuamente como conejillos de Indias. A los fines prácticos, era totalmente innecesario patear la silla del reo, pero desde una perspectiva psicológica constituía un elemento útil de violencia ritual que rompía el hielo y en cierto modo anticipaba lo que vendría después. Era el anuncio simbólico de que había empezado lo más difícil, una maniobra que de golpe y porrazo convertía al prisionero en objeto y le facilitaba la tarea a los guardias –para entonces familiarizados con él– que debían conducirlo a su muerte. Se daba por sentado que el reo no se entregaría sin oponer resistencia y por eso se lo definía como un individuo potencialmente violento, cobarde y para nada dispuesto a cooperar. Sería un tanto indecoroso, incluso repugnante, ejecutar a un hombre que se levanta con indiferencia de la silla cuando entran los verdugos y sale por la puerta de su celda por voluntad propia. De ser así las cosas, se arriesgaría incluso la intolerable posibilidad de que el reo deslizará un comentario al pasar sobre el clima o le preguntara a los guardias por sus hijos.

En este caso, como el prisionero no estaba sentado, Walsh y McGrath fueron hasta la cama, deslizaron los brazos bajo sus hombros y lo ayudaron a ponerse de pie con sumo cuidado. Crichton notó que Connolly intentó incorporarse cuando los guardias se acercaron, seguramente para facilitarles la tarea. Se apartó instintivamente del camino a la puerta de la celda, haciendo espacio para que pudieran sacar al reo. No sabía que los condenados no salen de sus celdas por la misma puerta por donde entraron. Habría sido innecesariamente problemático hacer marchar a un hombre que estaba a punto

de ser ejecutado por un laberinto de pasillos, sobre todo si gritaba o se cagaba encima y había que llevarlo a la rastra. También habría sido una imprudencia permitir que otros condenados a muerte vieran ese espectáculo de cerca o escucharan los alaridos que profería su compañero cuando los guardias lo llevaban arrastrando frente a sus puertas. Mientras McGrath y Walsh sostenían erigido a Connolly, Kearns y Doyle empujaron un pequeño ropero ubicado contra la pared opuesta a la cama. El ropero era fácil de mover: no estaba lleno de tapados de piel ni de vestidos de fiesta. Detrás del ropero había una puerta oculta, que Mather abrió con una llave. Fue el primero en atravesarla y enseguida les hizo señas a los guardias para que sacaran a Connolly. El padre Kelly fue el próximo en salir, seguido por el resto de los funcionarios. Crichton cruzó el umbral y asomó a un galpón de concreto totalmente vacío que parecía un garaje.

Había una camilla en el suelo, justo al lado de la puerta, donde Walsh y McGrath recostaron a Connolly. Los guardias levantaron la camilla por los extremos y caminaron unos pasos por el angosto galpón hasta otra puerta. Crichton no se daba cuenta de que ya estaban en la cámara de ejecución, de la cual la celda de muerte de Connolly no era sino un sector separado del resto por una pared. Los condenados a muerte, sin saberlo, pasan sus últimos días a un tiro de piedra del patíbulo. La horca —que algunos en Westminster consideraban un final más adecuado para Connolly que las balas— estaba en el extremo opuesto, sobre la izquierda; pero Crichton no la registró porque imaginaba que una horca debía parecerse en cierto modo a una guillotina: una estructura de madera con escalones que conducían a una plataforma. Dado que sería sumamente complejo, por no decir ominoso, hacer subir un tramo de escalera a un hombre frenético, la horca era una simple puerta-trampa

en el piso del galpón; fue por eso que Crichton no la vio. Sobre la puerta-trampa había una viga de concreto baja, de la cual se colgaba oportunamente el nudo corredizo. Inclinado sobre la camilla de Connolly, el padre Kelly murmuraba cosas, el dedo índice curvado como un señalador sobre su misal. Pocas horas antes había escuchado la última confesión del prisionero y le había dado la comunión. Mather abrió la puerta del fondo del galpón, que estaba sin llave, y el comité de ejecución asomó a la débil luz de la mañana.

Estaban en el patio de la cárcel. A la izquierda, la tosca pared de ladrillo contra la cual fusilarían a Connolly ostentaba marcas de balas de otras ejecuciones. A la derecha había ocho soldados del segundo batallón de Fusileros de Lancashire, las plumas amarillas del regimiento erectas en los sombreros, en rígida posición de firmes bajo la llovizna. Uno de los rifles estaba cargado con balas de fogeo. Los ocho soldados habían sido especialmente elegidos por su puntería, su buen temple, sus nervios de acero y su discreción. Los habían hecho ensayar varias veces con muñecos de aspecto humano que oficiaban de blanco y recibirían ciertos privilegios en compensación por la naturaleza perturbadora de la tarea encomendada. Unos hombres vestidos de civil esperaban sin molestar en el sector más alejado del patio: eran miembros del servicio de inteligencia británico. Un guardia que esperaba en el patio fuera del radio de visión de los fusileros se acercó trayendo una bolsa de lona verde que combinaba esmeradamente con el overol del reo. McGrath, Walsh, Kearns y Doyle pusieron de pie a Connolly; Kearns le esposó las manos detrás de la espalda y el guardia recién llegado le cubrió la cabeza con la bolsa verde. Era para ahorrarle la visión del pelotón de fusilamiento, al que por supuesto ya había visto con claridad meridiana, pero también para que los soldados no

tuvieran que verle la cara. El padre Kelly continuó murmurándole cosas a Connolly a través de la improvisada capucha, sin dejar de manosear nerviosamente su misal.

A esta altura de los procedimientos, que hasta el momento habían transcurrido sin altibajos, sonó una pequeña campana de alarma. Walsh y Doyle, que sostenían por los brazos a Connolly, se dieron cuenta de que no podría tenerse en pie para que lo fusilaran. Walsh le comunicó su reciente hallazgo a Mather en voz baja, y Mather lo pensó unos segundos. No convenía acostar a Connolly en el suelo contra la pared porque ofrecería un blanco demasiado exiguo. Por otra parte, ninguno de los presentes se prestaría a sostener erguido a un hombre que estaba a punto de ser acribillado. Mather se acercó al director de la cárcel y le susurró una rápida sugerencia al oído. Martin asintió, evidentemente contrariado, y se alejó unos pasos para debatir el asunto con el teniente que comandaba el pelotón de fusilamiento. Unos segundos después Martin hizo un gesto afirmativo con la cabeza en dirección a Mather, y Mather le ordenó a Walsh que fuera a la celda a buscar la silla donde Connolly se habría sentado si los acontecimientos hubieran seguido su curso normal. El teniente caminó hasta la hilera de soldados para informarles el pequeño cambio en el procedimiento. Walsh resurgió del galpón del patíbulo arrastrando una silla, sobre la cual sentaron a Connolly contra la pared. De no haber sido por la capucha, el condenado habría tenido una vista panorámica de su ejecución.

Los guardias terminaron de acomodar a Connolly con la espalda recta en la silla y se retiraron. Pero el reo empezó a oscilar peligrosamente hacia un costado y cuando estaba a punto de caer al suelo fue enderezado por una mano veloz y servicial. Mather le dijo algo a McGrath, que desapareció en el galpón del patíbulo, donde se demoró largo rato. El teniente autorizó a sus

Fusileros a tomar la posición de descanso y dos guardias se encargaron de mantener a Connolly sentado en posición vertical mientras el padre Kelly daba vueltas indeciso a su alrededor. McGrath reapareció por fin con un pedazo de soga. Junto con Walsh, procedió a atar a Connolly a la silla; le deslizaron la soga sobre el pecho e hicieron un nudo firme en la espalda. Con su capucha verde y su overol de cañamazo cruzado por la soga, el prisionero parecía un maniquí amarrado; sus últimos vestigios de humanidad se habían borrado por completo. El padre Kelly y los guardias se pararon a un costado de los soldados y el teniente, después de una mirada nerviosa al director Martin, dio la orden de disparar. Siete balas de verdad volaron raudas hacia el pecho de Connolly, acompañadas por una de fogueo. No fue un acontecimiento histórico, pero en retrospectiva llegaría a serlo. Los hombres que estaban en el patio esa mañana no podían saber que, eliminando a James Connolly, estaban contribuyendo a su propia perdición.

La historia registra que el 12 de mayo de 1916, James Connolly, comandante general de las fuerzas republicanas insurgentes de los Voluntarios Irlandeses<sup>2</sup> y el Ejército Ciudadano Irlandés,<sup>3</sup> y vicepresidente del gobierno provisional republicano de Irlanda, fue fusilado amarrado a una silla en la cárcel de Kilmainham. Pero la historia no siempre refleja los hechos en el orden más significativo ni los agrupa de la manera más agradable desde una perspectiva estética. Napoleón sobrevivió a la batalla de Waterloo, pero desde una perspectiva simbólica hubiera sido más apropiado que muriera allí. Florence Nightingale siguió con vida hasta 1910, pero la historia lo pasó por alto. Byron tendría que haber sucumbido peleando en la guerra por la independencia griega, en vez de morir de fiebre en medio de la reyerta. Siete balas volaron veloces hacia el pecho de Connolly

pero no lo alcanzaron, o al menos no lo alcanzaron aquí. Detengamos el trayecto de las balas en el aire y abramos un intersticio en la apretada red de los acontecimientos para que Jimmy pueda escabullirse; arranquémoslo del aburrido *continuum* de la historia y llevémoslo a un lugar por completo diferente.